

LA CRESTA DEL DIABLO (Piedrafita)

Por JUAN SAN MARTIN

Premio Meritorio del I Concurso de Literatura de Montaña «Trofeo José María Peciña»

«¿Por qué grandeza tanta
puso entre abismos Dios?
(Verdaguer)

En el modesto hogar de la montaña, al calor de mi saco, dormía holgadamente cuando una ligera sacudida vino a despertarme:

—Arriba, Juanito; el tiempo se presenta magnífico y lo hemos de aprovechar para la Cresta, —me dice una voz amiga al oído.

Antes de abrir los ojos, vacilo y froto perezosamente los párpados; luego miro a la ventana, y la luz diurna no atraviesa sus rejas; debe ser de noche.

—¿Qué hora es?

—Cerca de las seis y media; no debemos perder tiempo.

—¿Dices que hace buen tiempo?

—Sí, el cielo estrellado y mucho frío; señales que presagian un buen día.

Rápidamente me puse en acción. Mientras mi compañero prepara el desayuno, verifico el material de una pequeña mochila que, en un rincón del refugio, nos espera desde hace algunos días. Hoy, por fin, llegó su turno: cuerdas, anillos, clavijas, mosquetones, martillos, etc.; agregué algunos alimentos y ropa. Todo ello silenciosamente para no perturbar el envidiable sueño a los demás compañeros.

Faltaban algunos minutos para las siete cuando dejamos el refugio, mientras el crepúsculo iba eliminando las oscuras sombras del imperio de las tinieblas y las últimas constelaciones apagaban su luminosidad.

Quedando atrás el Ibón de las Ranas, por la cabaña de Respumoso nos dirigimos a toda prisa hacia Scloüsère. El frío nos hacía movernos con rapidez, pero la dura pendiente se encargó de moderar nuestro acelerado paso. Por estrechas gargantas corre un arroyo canturreando, con el cual tenemos que disputar el terreno para ir ganando altura, cambiando numerosas veces de orilla. Ya cerca de la laguna de Scloüsère tomamos a la derecha y por otro repecho aún más duro, alcanzamos el helero de Scloüsère al final de la pendiente donde se alzaban majestuosas las rocas de perfil hierático, como gigan-

tescas atalayas que se recortaban contra el luminoso cielo. Por su borde inferior caminamos dando vista al Balaitus, cuya cumbre dorada por los primeros resplandores del astro solar y matizado el fondo de un vivo azul celeste, alcanza tonos insospechadamente suaves a la vez que de delicada armonía.

El extraordinario Balaitus, con sus vertiginosas aristas, constituye una de las cimas más interesantes del Pirineo. Dos días antes, al bajar de ella por la Brecha Latour, cruzando el glaciar y las morrenas frontales en trayectoria W.-E., exploramos los contrafuertes del Soulano en todos los sentidos, en busca de una vía de acceso, eligiendo una chimenea que tal vez nos conduciría a la cumbre, extremo norte de la Cresta del Diablo. Por la ancha chimenea trepamos unas veces por su interior y otras por el borde derecho, encontrando un *cairn* a respetable altura, el cual nos atestiguaba hallarnos en buena ruta. Pero, a pesar de que seguimos casi hasta la cumbre, no hallamos más señales. Nos detuvimos ante un pequeño voladizo, para rebasar el cual nos era preciso el empleo de la cuerda. No lo hicimos por lo avanzado de la hora. Dando por terminada nuestra misión de aquel día, volvimos sobre nuestros pasos con intenciones de proseguir al día siguiente para realizar nuestra tentativa sobre la Cresta, tan temida y renombrada en el mundillo montañero.

Pero al día siguiente amaneció con el cielo cubierto y fuerte ventarrón del oeste que amenazaba tormenta. Sin ánimos para intentar con las desfavorables condiciones meteorológicas de ese día, cambiamos de plan, decidiéndonos por el cercano Punta Zarra que, por ser el pico más difícil del macizo de Piedrafita, se prestaba para un ensayo de escalada que nos ayudaría a estrechar los conocimientos entre ambos, pues con el donostiarra Paquito Lusarreta, nunca tuve ocasión de escalar, y con él había de compartir en la Cresta del Diablo. Paquito con-

taba en su haber interesantes escaladas en nuestro país. Las referencias que de él tenía eran inmejorables. Le había observado en Balaitus y luego en Punta Zarra, comprobando que se desenvolvía con absoluta destreza en la roca. A esto unía una gran resistencia. Aquel muchacho voluntarioso, de elevada talla y miembros largos, me inspiraba gran confianza. Siempre estimé la buena compenetración de la cordada como elemento básico para realizar escaladas de envergadura.

No nos fué nada difícil vencer al Punta Zarra por su cara oeste, por un gran corredor que nos dejó en la cresta muy cerca de la cumbre que habíamos de alcanzar después de algunos pasos delicados. Hoy nuestro deseo hubiera sido descansar, después de los cuatro días de trote que llevamos por este macizo. Pero, ¿quién nos garantizaba la duración del buen tiempo? De otra parte es preciso confesar que los escaladores pecamos con frecuencia de dejarnos influenciar excesivamente del amor propio, sin tomar en demasiada consideración las condiciones físicas de nuestros miembros, arrastrándonos a veces hasta situaciones comprometedoras. En estos casos es donde la prudencia debe obrar con más fuerza que nuestra ambición aventurera.

Pero nuestra continua pesadilla era el tiempo de los días sucesivos. Los precedentes habían transcurrido variables y si no se establecía el buen tiempo habríamos perdido la oportunidad de atravesar la Cresta del Diablo hasta otro año, o hasta siempre.

A la base de la chimenea del día pasado, llegamos para las nueve. Nuestros brazos comenzaron su tarea después de pasar el *cairn*, algunos metros más arriba variamos a la izquierda nuestro itinerario anterior. En travesía por estrechas repisas fuimos a parar a la brecha de Demeure Soulé, de la Cresta de Costerillou, que se abre entre el Soulano y la Aguja Durand. Desde allá, a toda cresta, atacamos el Soulano, teniendo que actuar con cuerda desde este momento. Alcanzamos la cumbre a las 9,40 horas.

El Soulano, es el vértice de las Crestas de Costerillou y del Diablo, que cruza de norte a sur, separando a España de Francia; la primera, parte del Balaitus hasta la divisoria del Soulano, donde arranca la segunda, para terminar en el Pico Cristales.

Mientras ingerimos algunos alimentos, bajo el cielo azul transparente, acariciados por el leve soplo del viento fresco procedente del oeste (lo cual no era muy buena señal) contemplamos aquella cresta erizada de asombrosas agujas. ¡Es colosal!... tal como mi imaginación la había soñado: lo más agreste y bravío que cabe suponer; las sucesivas brechas separan agujas y picos, haciéndolos aún más altivos. Sin cruzar palabra, no nos saciamos de otear. Por ambas vertientes los abismos son muy profundos, y en el fondo manchones de nieve perpetua, son reminiscencias de antiguos glaciares que, en franca decadencia, se repliegan a las alturas, y hallá donde un día tenían su lecho las lenguas de estos glaciares, hoy en la mayoría descansan los ibones pirenaicos, a los que les sirven de presa natural las morrenas terminales de entonces.

A nuestra derecha, hallá abajo, el Ibón de Scloüsère, de donde brota el regato, por cuya orilla acabamos de subir, bajan saltarinas sus aguas límpidas y vírgenes para engrosar en el turbio Ibón de Respumoso, que perdió gran parte de su belleza al ser explotado su caudal para la industria.

A la izquierda, verdes tapices por donde discurre el arroyo de la Facha que, bañado por el sol, lanza destellos de plata, después de su alocada y estrepitosa carrera por pedregosas gargantas va a reposar en el Ibón de Campo Plano, formando caprichoso delta a su entrada, a consecuencia del relleno aluvial.

Levantando la vista, caos de picos y crestas invaden los valles: Grand Barbat, Cambalés, Pequeña Facha, Gran Facha, Punta Zarra, Gaurier, Llana Cantal, Infierno, Garmo Negro, Argualas, Tebarray, etc.; por el collado de la Facha se asoma el ingente Vignemale en lontananza. ¡Jamás contemplaron nuestros ojos tanta belleza reunida!

La distracción, por unos momentos, nos alejó de nuestro objetivo, como si aquí terminara nuestra excursión, con el único fin de satisfacer a nuestras retinas, saturando nuestro espíritu en el recreo, para retornar al refugio con un delicioso paseo. Pero no, no nos aguardaba el paseo, ni era la finalidad de nuestra jira. Al contrario, aquí es precisamente donde comienza nuestra odisea, y esta cadena de abruptas y salvajes agujas que parten para el sur, serán durante

algunas horas el escenario de nuestras cabriolas.

Decidimos partir del Soulano, marchando por la cresta llenos de optimismo; ansiosos de cabalgar sobre ásperos cuchillares, trepar los escarpados acantilados y descender en aéreos *rappels*, que sin duda nos debían proporcionar intensas e inolvidables emociones.

A poco de comenzar, una clavija en el suelo es la señal del primer *rappel*. A los cuatro o cinco metros aterrizamos en una afilada cuchilla en sentido descendente. Debidamente encordados la atravesamos a horcajadas. Tras esta cuchilla avanzamos por terreno algo más fácil, y decidimos no replegar la cuerda para mayor seguridad. Pasamos el Gendarme y nos aproximamos al Tridente Norte, pero una profunda brecha nos separa de él. Un resalte rodeado de anillos nos delata el lugar del *rappel*. De nuevo nos vemos deslizando por la cuerda, ocho metros de descenso por una chimenea, nos dejó en una estrecha plataforma que con facilidad se consigue pasar a la brecha.

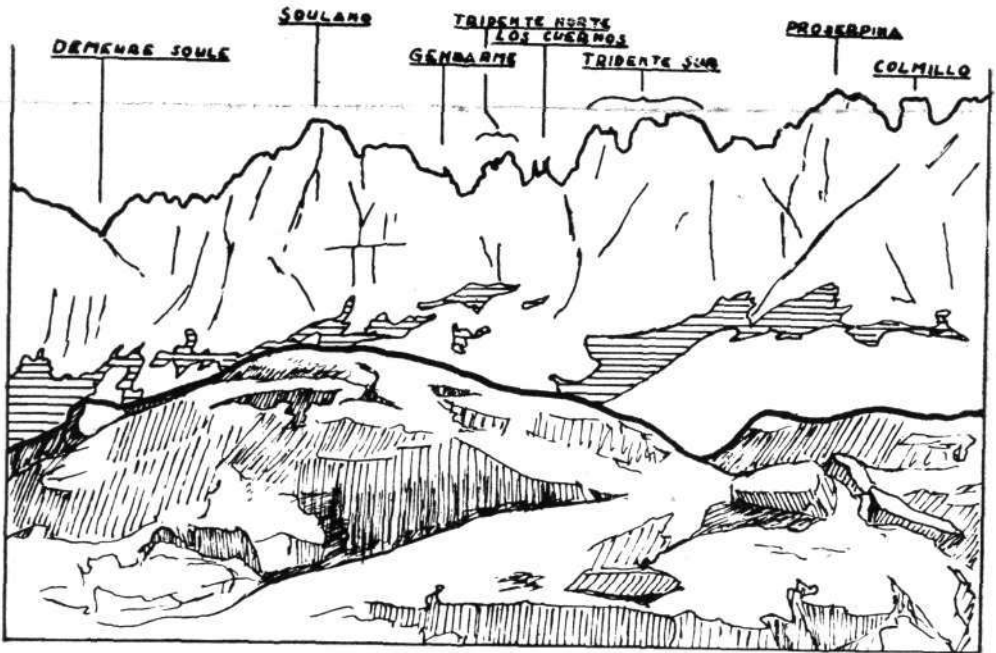
Después de este descenso nos hallamos completamente aislados en las entrañas de la inmensa crestería, obligados a forzar pasos difíciles para salir de ella. Pues ésta no era como otra escalada corriente, donde el montañero, mediante el auxilio de la cuerda, tiene asegurada la retirada por la misma ruta que ha empleado durante la ascensión, lo que constituye un gran alivio para la moral. En el caso de la Cresta del Diablo habría que retirarse por lugares desconocidos, sin saber en ningún momento si los largos de cuerda llegan a alguna repisa, lo que hace que sea más peligrosa. Todo escalador que quiera cruzar esta cresta, de antemano debe sortear el afrontar esta situación, pues si bien se sabe que algunos han conseguido retirarse sin incidencias, no debe ser nada agradable llegar a ese trance.

El Tridente Norte, nos muestra sus lisas y verticales paredes. Por fin experimentaríamos de nuevo el placer de trepar. La tricúspide granítica no tiene de frente ninguna vía posible y nos vimos obligados, como sabíamos por precedentes, a variar por la vertiente francesa, bajando por una grieta de mucho cuidado. A poco de empezar, un anillo nos da la pista; luego de bajar unos diez metros cambiamos de grieta para coger otra

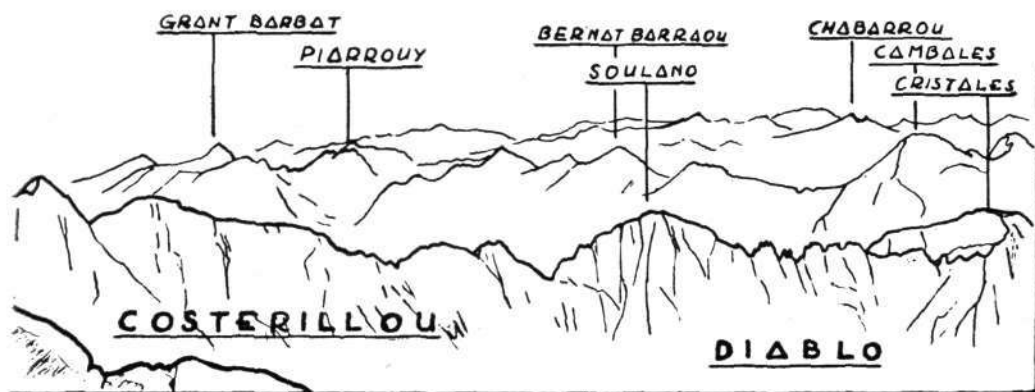
más al sur. Paquito queda asegurándome mientras subo por una pared muy vertical, hasta con algunos extraplomos, donde es necesario tirar el cuerpo hacia fuera; las presas son abundantes y seguras, pero la verticalidad impide toda visibilidad y se debe tantear con las manos en aquellos lugares donde la estructura de la roca hace adivinar algún agarre posible. Así consigo elevarme paulatinamente, a puro esfuerzo de brazos, ya que en estos lugares es casi nula la ayuda de los pies. Continué con la misma lentitud hasta cerca de la cumbre, siendo cada vez más fácil la pared. Poco antes de llegar a la cima, tuve que pararme en una reducida plataforma porque la cuerda de 30 metros se acababa; una vez reunidos, con suma facilidad alcanzamos la cumbre. Eran las 11,50 horas.

En una corta pausa para sedante de nuestro organismo, recorrimos con la vista la alargada cumbre de La Frondiella, donde pensaban ir nuestros compañeros. Por fin logramos divisar unos diminutos puntitos que se movían. A pesar de la distancia nos transmitimos con nuestro estremecedor *irrintzi*, cuyo eco retumbaba en los paredones del Balaitus, aunque luego supimos que no pudieron localizarnos por la distancia y la magnitud de la Cresta.

Otro *rappel* de unos doce metros, más de su mitad en el vacío por la concavidad de la pared, nos sitúa en la brecha de los Cuernos. Bordeamos por la derecha los monolitos gemelos, pues la escalada de cada uno de ellos requería labor de horas y nuestra travesía era casi «contra el reloj» para que no nos sorprendiera la noche en la Cresta. Tras Los Cuernos nos vemos cara a cara con el Tridente Sur. Observamos que de su pared cuelga una cuerda de unos 15 metros; algunos escaladores que hicieron la travesía a la inversa, se vieron obligados a abandonar al no poder recuperar después del *rappel*. Al igual que el otro Tridente, éste de frente era inaccesible. Colgar de la cuerda era muy expuesto, sin saber el estado en que se hallaba. Pudiendo hacerlo, facilitaba la ascensión; pero no, aquí, al igual que en el anterior, teníamos que descender por el oeste para cambiar de grieta; un *rappel* de unos ocho metros nos deja en una repisa, de cuyo extremo parte la grieta ascendente.



La Cresta del Diablo por la vertiente española.

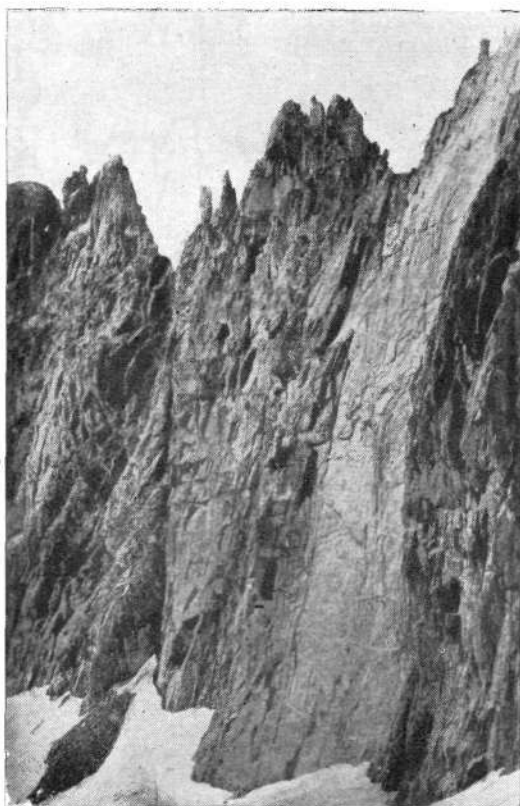


LA CRESTA DEL DIABLO

Panorámica desde la Frondiella

*LA CRESTA
DEL DIABLO*

*Los dos tridentes y los cuernos
desde la vertiente francesa.*



Los primeros trozos son idénticos al otro Tridente, firmes agarres, mucha verticalidad; a los pies el inmenso precipicio se pierde allá abajo, lejos, muy lejos. Me invade el embriagador placer de los abismos y siento un complejo de superioridad sobre la montaña, pero esto cambiaría si me encontrara sobre un paso extremadamente difícil. Entonces el escalador ha de poner en equilibrio su temple ante la prudencia, temeridad y miedo. Pero en nuestro caso, con pasos de mediana dificultad, resulta agradable el burlarse de la ley de la gravedad.

Mientras ganaba altura, los pasos se iban haciendo más fáciles y ya creía haber vencido la mayor dificultad cuando surgió lo imprevisible. Me avisó Paquito:

—¡Eh, Juan! Solo quedan tres metros de cuerda.

Y a mí me quedaban unos diez para llegar a lugar seguro. Menos mal que son más fáciles. De nuevo mi compañero me llama.

—¡Se acaba la cuerda!

—Pues empieza a subir, que no hallo donde afianzarme— fué mi respuesta.

Este suceso en la escalada no es frecuente, pero sí en extremo peligroso. Cualquier tirón brusco de uno de los miembros o el engancharse la cuerda en alguna roca puede dar lugar a que la cordada se despeñe. Procuramos avanzar los dos al mismo ritmo y sin ningún contratiempo llegué a una horquilla de la arista; unos cinco metros por encima de donde pendía el anillo de la cuerda abandonada; cuando ambos nos juntamos, era nuestro deseo recoger aquella sogá descendiendo en *rappel* hasta el anillo, pero no teníamos ánimos para aumentar nuestro programa de piruetas, porque aún nos quedaba mucho por delante y de otra parte, cubrieron el horizonte del poniente nubes aborregadas, que veloces se dirigían en nuestra dirección, dando mal cariz al bonachón amanecer de hoy.

Continuamos nuestra escalada siguiendo la arista, después de dejar atrás un grueso bloque rodeado de anillos, por terreno impresionantemente aéreo pero fácil de escalar. Llegamos al primer pico del Tridente Sur: examinamos el diente central rodeado con anillo su parte alta, lo cual nos anuncia la dificultad de su ascensión; sin *rappel* conseguimos bajar a la horcada para atacar a la central directamente. Fué lo más dificultoso,

habiendo que emplear una clavija en prevención para abordar aquella pared de pasos muy finos.

Eran las 14,15 cuando tocamos al *cairn* más alto del Tridente, donde depositamos nuestras tarjetas, pero nos desilusionó el ver otro anillo en el diente contiguo, aunque luego resultó ser más fácil de lo esperado. En su corta pared, de unos cinco metros, una laja algo separada del resto de la muralla permite subir con bastante facilidad por oposición. En la cumbre hicimos un *cairn* y depositamos nuestras tarjetas. Después, mientras descansamos un rato, contemplamos bajo el constante zumbido del viento las esponjosas masas grisáceas que surcan los espacios silenciosas y rápidas. Pero ya nos habíamos habituado a la presencia de aquellas nubes.

Se había levantado un viento muy frío, y que se hacía sentir con mayor intensidad en los ratos que los cúmulos ocultaban al rey de los astros, viéndonos precisados a vestir los *anoraks*.

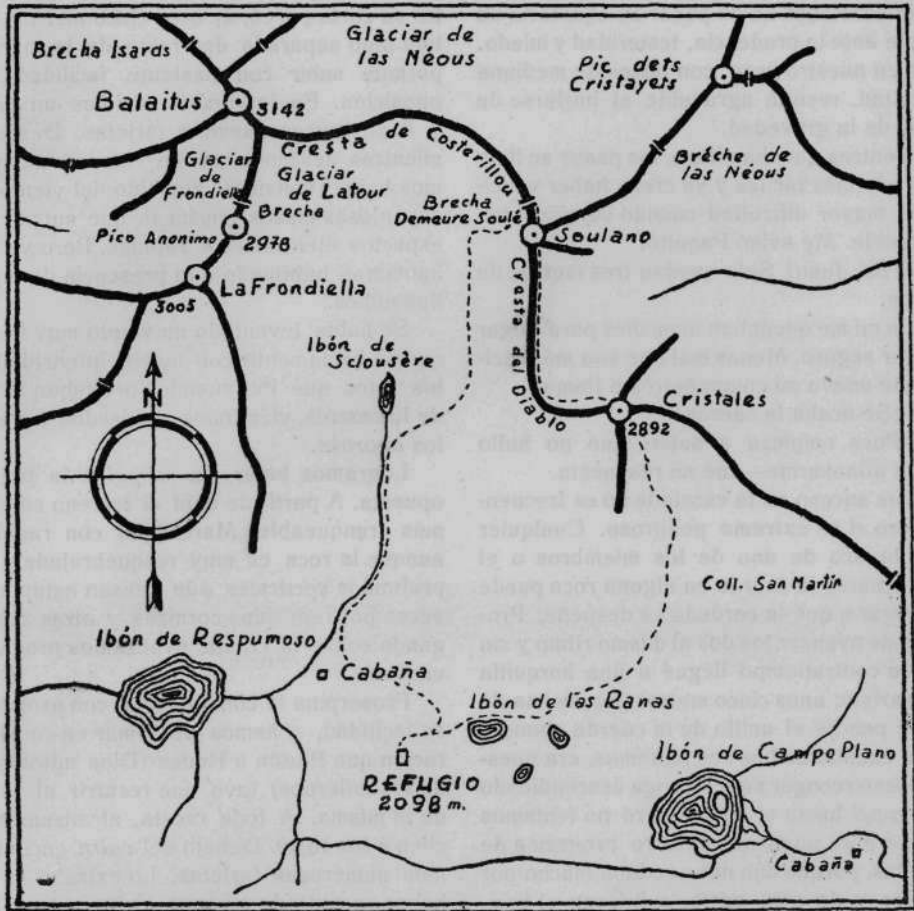
Logramos bajar sin *rappel* a la brecha opuesta. A partir de aquí el terreno se hace más franqueable. Marchando con rapidez, aunque la roca es muy resquebrajada y los profundos verticales aún causan estupor, a veces por reducidas cornisas y otras cabalgando sobre la cresta, avanzamos progresivamente.

Proserpina la conquistamos con asombrosa facilidad, si hemos de tomar en consideración que Plutón o Hades (Dios mitológico de los infiernos) tuvo que recurrir al rapto de la misma. A toda cresta, alcanzamos su cima a las 15,10. Debajo del *cairn* encontramos numerosas tarjetas. Lo extraño es no haber encontrado ninguna en las otras. Sin detenernos continuamos nuestro avance en pos de la ya cercana meta de Cristales, pero de nuevo la cresta se corta bruscamente, deteniendo nuestra marcha, con un corto *rappel* de seis metros nos situamos en la brecha del Colmillo; desde ella someteríamos a prueba las últimas energías de nuestras ya flaqueadas fuerzas, con la última dificultad que nos restaba: el Colmillo del Diablo.

Tomamos posesión primeramente en un reducido rellano, que se halla a poca altura ante una pared de cinco metros algo vencida hacia fuera; una fisura cruza verticalmente;

a la derecha la pared cortada a pico muestra unos escasos e inseguros agarres de roca bastante descompuesta. Optamos por remontar directamente por la aludida fisura a base de pitones. Una clavija «extraplana» —era tal la estrechez de la fisura— se introdujo perfectamente a un par de metros, con

energías que me quedaban. En aquella posición incómoda permanecí algunos minutos más, tratando de localizar algún orificio o saliente que me permitiera izar. Sin resultado positivo, ya que la grieta no permitía pitonear a más altura, opté por bajar; luego lo intentó Paquito por si fuera más afortu-



Escala gráfica

un paso de hombros y un estribo improvisado, no sin trabajo, conseguí colocar otro pitón, que como medida de seguridad tenía mucho que desear. Con las puntas de los dedos alcanzaba la parte alta sin hallar asideros; ésta era inclinada y no me fué posible dar un impulso porque los dedos escurrían. En tal estado derroché parte de las pocas

nado; todo fué en vano. Pensamos franquear bordeando por el W., pero nuestro amor propio nos impulsaba a completar la travesía sin eludir a este admirable monolito.

A por otro intento. Sirviéndome de seguridad la primera clavija, me lancé decididamente al último ataque por el lado de la roca descompuesta de la derecha. Logré subir

unos tres metros por pequeñas e inseguras presas; la verticalidad es absoluta —¿cómo burlar ahora la ley de la gravedad?—, casi sin poder mantener el equilibrio, hasta que me detuve como crucificado en la roca, los pies apoyados en lisa pared, la mano izquierda mal asida a una ligera protuberancia y la derecha en una piedra que sentía moverse. No podía seguir, a falta de agarres; no lograba alcanzar uno que veía a poca distancia y me mantenía en aquel estado poco agradable sin encontrar solución para elevarme un centímetro; presa ya de la tensión nerviosa, no podía ya aguantar mucho tiempo y decidía salir del estancamiento, ya que para atrás era imposible, dando un impulso para arriba por si alcanzaba el asidero. Con el tirón, cedió la piedra donde se adhería mi derecha, y la izquierda, mal apoyada, incapaz de sostenerme, resbaló de la redondez y salgo disparado de la pared.

Al momento sentí que mi cuerpo caía a plomo sobre el vacío, luego el tirón de la cuerda en la cintura que me sacude violentamente obligando al cuerpo a dar un giro sobre mi eje al mismo tiempo que le pendulea; casi de espaldas a la pared noto que mis piernas chocan contra algo duro, forzándome a flexionar las rodillas para quedarme sentado sobre una roca, con los pies colgados sobre el pavoroso abismo. Al mismo tiempo un brazo ceñía fuertemente mi cintura: era mi compañero.

—¿Qué, te hiciste daño?

—No, no es nada, —miré hacia abajo y añadí— pude haber ido más lejos, ¿no te parece?

Me encontraba sentado en la plataforma de donde había partido y todo ocurrió tan repentinamente que no me dió tiempo a pensar en nada; desde luego, confiaba en que la clavija respondería. Renunciamos en vista de nuestra mala fortuna. Nuestra férrea voluntad se doblegó ante el Colmillo. Además nuestras facultades físicas no estaban en condiciones y consideramos imprudente persistir en nuestro empeño.

Encontramos un pasadizo por la vertiente española para proseguir la Cresta, que ya en adelante había de resultar relativamente fácil. Bajamos al borde del helero de Cristales para ascender lentamente hasta la cumbre donde llegamos a las 17,15.

Allí sacamos algunas vituallas, ya que en el transcurso de la travesía desde el Soullano, con todas nuestras prisas y el deseo de evitar el posible peligro de un vivac en la Cresta, nos retuvo las siete horas y veinte minutos que invertimos, sin proveernos de ningún alimento.

El viento se entregó al letargo, el cielo recobró su calma y su sempiterno azul con toda su intensidad impera de nuevo sobre los espacios siderales invitando a la contemplación. Permanecemos sentados una media hora, sin quitar la vista de los profundos cortes que le dieron temeroso nombre a la Cresta. También por este lado muestra sus toscas paredes erguidas y arrogantes, almenadas de agujas que sugieren el sueño infantil de un altísimo y colosal castillo de proporciones ciclópeas. Era atrayente su bravura, pero para apreciar su verdadera grandiosidad es preciso haber luchado entre sus intrincados vericuetos. ¡Cresta del Diablo!, siempre causarás respeto al osado que pretenda conquistarte, a pesar de las técnicas modernas; y por tu desbordante belleza bien podemos afirmar que contemplamos el más grandioso de los espectáculos.

Dejamos la cumbre y tranquilamente descendimos por la vertiente Sur; también el sol con sus débiles radiaciones se aproximaba a su ocaso y la luz y el color que a raudales derrochaba por doquier, agonizaban paulatinamente; el sublime silencio de las alturas pirenaicas pronto quedaría envuelto con la terrorífica sombra de la noche. A pesar de nuestra lentitud fuimos perdiendo altura progresivamente; abajo, por las estribaciones roqueñas se oían los agudos silbidos que lanzan los pastores de Campo Plano tratando de conducir su ganado al murmullo musical de las esquilas, a los rediles de sus majadas, donde esperarán a que el alba les reanude la vida. Nosotros, olvidados de la fatiga con el sedante de la victoria, planeábamos nuevas excursiones para aprovechar los últimos días de nuestras vacaciones veraniegas.

Ilusionados por futuras ascensiones, casi sin darnos cuenta perdimos contacto con la roca, hollamos el césped y bordeando el Ibón de las Ranas, arribamos al refugio a las 19 horas, cuando ya las sombras del anochecer empezaban a extenderse sobre los valles.